

# EL MOTE, CONTRIBUCION PRECIADISIMA AL IDIOMA CASTELLANO

Por LUIS GONZALEZ LOPEZ  
CRONISTA OFICIAL DE LA PROVINCIA

En *La hermana San Sulpicio*, de Palacio Valdés, Biblioteca Sopena, dice Augusto Martínez Olmedilla en su *Proemio*: «Veniendo innúmeras dificultades, con tenacidad que es más bien tozudez aragonesa, Ramón Sopena, editor de laudables iniciativas y de no igualado dinamismo, logra, al fin, enriquecer su Biblioteca con *La hermana San Sulpicio*, yo no sé si la más bella obra de Palacios Valdés, pero, indiscutiblemente, una de las mejores de que la literatura contemporánea pueda envanecerse». Y sépase que la novela de don Armando ya estaba traducida al francés, al inglés, al holandés, al ruso, al sueco y al italiano. «Dos son, con ésta, las novelas del maestro que figuran en la Biblioteca Sopena, ayer nacida y ya pujante. Poco ha, sin alharacas ni reclamos editoriales, sin que un leve prefacio hiciese notar la importancia que reviste y el esfuerzo que representa el hecho de incluir tan admirable libro en una colección linda y barata como ésta, apareció *El Maestrante*, que representa un contraste mercadísimo con *La hermana San Sulpicio*. Es la primera una obra trágica, de recia urdimbre y palpitante interés: la fábula, de intensa originalidad, llena las páginas del libro, influenciado todo él por el candente efluvio de Melpómene. Por el contrario, en *La hermana San Sulpicio* todo ríe, o, por mejor decir, todo sonrío, con la dulce placidez de un arroyuelo que corre por entre lucientes ovas y verduoso musgo. Una historia de amor en Sevilla. ¿Puede darse nada más poéticamente sugestivo?»

Hasta aquí, Martínez Olmedilla en la iniciación de su *Proemio*, que sigue así: «Impónense aquí algunas consideraciones acerca de An-

dalucía como fuente de inspiración novelesca. Todos cuantos han localizado sus obras imaginativas en la bella región del Betis, se han creído en el caso de perpetuar la falsa tradición de una España de pandereta. No ya los escritores extranjeros resultan atacados en este extraño daltonismo, de tal modo, que acaso sea Próspero Merimée quien menos incurso se halle en tal delito de exageración: la Andalucía de Blasco Ibáñez en *Sangre y arena* y en *La bodega*, abunda en pinceladas de excesivo grosor, propias de un escenógrafo más atento que a la exactitud de la copia, al efecto que ha de producir ésta entre un determinado público; y el mismo Arturo Reyes, elevado, quieras que no, a la categoría de «novelador del pueblo andaluz», no hizo sino una serie monótona de cuadros de género, repitiendo hasta la saciedad las mismas notas de color... bastante descoloridas en ocasiones».

«Palacio Valdés ha sabido sustraerse al que parece fatal influjo. Su Andalucía es... Andalucía, sencillamente. Nadie como él ha acertado a reflejar en *La hermana San Sulpicio* y en *Los majos de Cádiz* las típicas cualidades de la «tierra de María Santísima», sin exageraciones ni abultamientos innecesarios. ¿Para qué cubrir de afeites el rostro que ya es insuperablemente bello? Una copla oída en la calma eglógica de apartado cortijo, es mil veces más hermosa que cualquiera de las fermentadas *españolades* que se montan en los teatros de allende la frontera. El gran novelista ha logrado bucear insuperablemente en el alma poética, cascabeleante por fuera, un tanto sumida en dulce tristeza por dentro, de la región andaluza. Sus alegrías, sus zozobras, sus nostalgias, sus ilusiones, son descritas por Palacio Valdés de mano maestra. Las mocitas vivarachas, de ojos negros y de bocas sensuales que decoran las rejas y los patios; los mozos jaques que saben esgrimir una navaja y enternecerse con las quejumbres de una copla; los resplandores de un cielo incomparablemente azul y bello; las emociones de una típica «juerga»; los encantos de una charla de amor a través de los hierros de un cancel... todo esto lo describe el admirable costumbrista en cuadros pletóricos de luz y de color, dando una impresión poética, sin dejar de ser exacta, del pueblo andaluz, tan hermoso, ¡tan grande!

«Todos los aspectos de la sociedad española contemporánea han sido novelados magistralmente por Palacio Valdés en sus obras; pero acaso se supera a sí mismo al reflejar la vida sevillana en *La hermana San Sulpicio*, cuyo manuscrito original —dato curioso, aún no divul-

gado— ha sido recientemente adquirido a peso de oro por el multimillonario de los Estados Unidos Mr. James Carletón Young, para la gran biblioteca fundada por él en Minneápolis».

No, no es cosa de que yo reproduzca aquí el fallo con que los académicos de la Española de la Lengua, mis queridos, admirados y llorados amigos don Francisco Rodríguez Marín, don Serafín y don Joaquín Álvarez Quintero y don Ricardo León Román, premiaron, en 14 de junio de 1933, mi obra preferida *Las mujeres de Don Juan Valera*. Vanidad, exceso vano. Cierto que el fallo completo es para halagar a cualquier sencillo escritor por los términos en que aparece redactado con la pluma del maestro inolvidable, el Dr. Francisco de Osuna, y firmada por tan insigne polígrafo, amén de los celebérrimos comediógrafos andaluces y el preclaro novelista malagueño de *Casta de Hidalgos*; pero yo soy lego, hermanos, y no luzco oros míos o ajenos en mi ropilla parda. Sí que *Las mujeres de Don Juan Valera* (Estudio literario de los personajes femeninos de sus obras), a cuenta de ser mejor o peor libro para conocer y juzgar al autor de *Pepita Jiménez*, movilizó los entusiasmos de la crítica de autoridad, ya de España, ya de más allá de los Pirineos, al punto de que don Antonio Zozaya (¿te acuerdas, lector asiduo, de quién era en las Letras de la Patria el ingenio fuerte y reposado que cito?) escribiera lo que sigue: «No queda tiempo sino para nombrar *Las mujeres de Don Juan Valera*, de D. Luis González López, libro galardonado por la Academia con el premio «Juan Valera 1933». Sin embargo, esta obra es una de las escritas en castellano más puro y rico desde hace muchas décadas. Es un prodigio de clasicismo, de serenidad y de cincelamiento del lenguaje. La lectura de uno de sus capítulos cada noche, como debe leerse uno de *El Quijote*, afinaría mucho el gusto de no pocos literatos de fama, que tienen del señor González López mucho y muy bueno que aprender. Repito que este libro no desmerece en su lenguaje ni en su altura espiritual del mejor escrito desde hace un siglo». Y el catedrático de Literatura de la Universidad Central, don Andrés Ovejero y Bustamante, en una conferencia dada en el Instituto de Aguilar y Eslava (Cabra, Córdoba) con el título «El espíritu aristocrático en la República de las Letras», se expresaba así: «Ha sido un gran acierto, tanto por el tema, como por el trabajo premiado, de que acabo de oír un capítulo y del que

momentos antes he ojeado con delectación, porque he podido comprobar que la obra del Sr. González López merece, no ya un premio como éste, sino un gran premio nacional, ya que difícilmente —y lo asegura quien conoce a fondo la obra y los comentaristas de Valera— puede darse un trabajo tan maravilloso como el presentado por D. Luis González López, en el que hay una cultura, un claro juicio y una perfecta dicción que parecen heredados del gran maestro y que resplandecen en todo el trabajo».

¡Cepos quedos! Guárdate de seguir lustrando tu ropilla parda; más... ¡caramba!, la vanidad, aunque ínsita y dada a su provecho, también es consuelo y esperanza. «Aunque pierdas todas las cosas, acuérdate de reservar la fama», sentenció mi señor don Francisco de Quevedo Villegas; y eso hago yo, reservar la que me dieron los escritores y pensadores ilustres aun mi examen de no merecerla ni celebrarla. Bien que «el honor que no viene de amor, no es honor, sino adulación», que también declara el autor de *Genealogía de los modorros*; y aquí está mi fuerte: en el amor que puse y pongo en los timbres de gloria del egabrense impar. Huélgome de que haya habido y haya hoy, que tan a primeras se escribe más a cordel que a pluma, talentos literarios y periodísticos capaces de juzgarlo y entonarle laudes sonoros. En verdad, Valera es el novelista cumbre del siglo XIX, mal que pese a sus detractores y fisgonas. «Cuando sus ojos se abren a la luz —ilustra Araujo Costa— y comienza su poderosa inteligencia a reparar lo que en España y en el mundo acontece acaba de morir Fernando VII. Las ideas políticas que nos llegaron de Francia se habían impuesto con alguna violencia en ciertos medios sociales de los más ilustrados y conscientes. En el reinado del monarca fallecido lo que domina y se acusa con mayor pujanza son las luchas entre absolutistas y liberales. Es verdad que Francia tiene, asimismo, su reacción durante los reinados de Luis XVIII y Carlos X, hasta la Revolución de 1830, que da nacimiento a la monarquía de julio y que el absolutismo fernandino del año 23 se origina de una intervención francesa. Diríase que por entonces la vuelta a lo tradicional es como el polvillo que se respira en el aire»; y más adelante (*Estudio preliminar de las obras de Don Juan Valera*, noviembre, 1934, M. Aguilar, editor, Madrid): «La biografía del autor de *Pepita Jiménez* es una manifestación constante del buen tono que encontramos en todos los órdenes de su actividad. Es

el poeta, el filósofo, el crítico, el ensayista, el novelista, el hombre de mundo también de buen tono. Vive y trabaja por la belleza y para la belleza, pero no admite dogmatismos ni rótulos de ninguna especie, y así, aunque practique la teoría del *arte por el arte*, no se afilia a ninguna escuela que adopte dicha inscripción como divisa. Es contrario a todo lema preconcebido, a toda norma en que no logre manifestarse la propia individualidad. Puede decirse que el siglo XIX influye sobre Valera a contrapelo, y es curioso ver cómo un hombre de exquisito gusto se mueve, vive, piensa y produce su obra en los tiempos de peor gusto que la historia registra».

Razón tenía la condesa de Pardo Bazán en su admirable estudio sobre Valera: éste no fue jamás hombre de su tiempo y por tal circunstancia no conquistó la popularidad. Distanciado de todo criterio literario impuesto, su *yo* no admite comparación con nadie. Nadie hizo uso del lenguaje como él, nadie logró igualarle en la maestría de su empleo. ¡Y cuidado si el espíritu aristocrático de su pluma tuvo contrapartidas gozosas como *Juanita la Larga*, *Genio y figura*, *Morsamor*, *La Cordobesa*! Los personajes de esta segunda época del gran novelista «se despojan de aquella gravedad, de aquella tiesura que los inmovilizaba para la acción; son más naturales y sencillos, sin tanta metafísica indigesta metida en la sesera; recobran un brío juvenil que al lector le gana simpatía», digo yo en *Las mujeres de Don Juan Valera*; y es que a esa altura había dejado el autor pasar la flor de los años; su pensamiento filosófico, partido otrora en dos mitades antagónicas y discursivas, se fundía en un solo anhelo; le abandonaban la perplejidad y el hambre de saber para negar; el corazón se le ensanchaba con la piedad, la llaneza, la emoción y el humorismo.

Sin duda, aproveché este momento para analizar la labor de don Juan, el perfil literario y humano de los personajes femeninos de sus obras, pretendiendo buscarle la popularidad que no tenía. Soy un auténtico enamorado del lenguaje patrio. Nada más perfecto que el lenguaje castellano como expresión del alma de nuestro pueblo. «La sangre de mi espíritu es mi lengua», versificaba Unamuno. «Y aún anduvo corto el gran vasco salmantizado, porque la lengua es a la vez sangre y forma, pábulo nutricio y hábito configurado de la mente y

la vida de quien como suya la habla», comenta Laín Entralgo certeramente; y aún saca a plaza a un coterráneo suyo, «el disertado y expeditivo don José de Pellicer», escribiendo de la lengua castellana hace tres siglos: «No se hallará en el Universo otra que sea tan fecunda, tan elegante ni tan capaz de tropos, figuras, alegorías, conceptos, equívocos, sales y todo género de especies de muy acrisolada retórica; y como el oro finísimo sufre el cimientado y el martillo, así la lengua castellana sufre la rueda de todas las ciencias y artes, sus argumentos, entinemas y silogismos, sin que haya materia, por difícil y sutil que sea, que no pueda tratarse y controvertirse en ella con decencia, primor, propiedad y majestad, siendo la más leal de todas, porque se pronuncia como escribe...»

No parecen tener esto muy en cuenta los hispanohablantes e hispanoescritores de hoy. «La evolución del lenguaje está en manos de sus hablantes, y depende de la atención o del descuido negligente con que miren la constitución y desarrollo del idioma que manejan», decía el venerable don Ramón Menéndez Pidal a los académicos hispanoamericanos reunidos en Madrid durante la sesión plenaria del 27 de abril de 1956 del segundo Congreso de Academias de la Lengua; y don Antonio Tóvar Llorente: «Por otra parte, hoy sabemos que en la lengua no todo es espontaneidad, y que en la creación lingüística junto al pueblo, que da la materia, está el escritor, que pone su sello formal. La creación literaria es, en primer lugar, creación lingüística, y el anónimo autor del poema de Mío Cid, como Berceo o la corte literaria del Rey Sabio, tienen una parte grandísima en la creación de nuestra lengua, que quizá contrapesa la fuerza creadora y bullente en las entrañas del pueblo». Y don José María Pemán: «Ved que se nos da la lengua con que sor Juana de la Cruz habló de Dios, y Quevedo habló de la patria, y Cervantes habló de la vida. Mucho cupo en ella. Estirémosla y ensanchémosla cuanto podamos, pero no la paseemos nunca por el barro, y nunca la comprometamos con esa aventura del nihilismo espiritual que reina en la literatura en el mundo tantas veces». Y don Francisco Espinosa Pólit, S. J.: «Reconozcamos, sí, a los escritores geniales y aun al pueblo el papel de forjadores iniciales de la expresión hablada e impulsora de sus transformaciones y, por lo tanto, de su vitalidad. Reconozcamos que la gente de la calle es la que pone la savia y el adobo intensivo al hablar

culto. Pero no olvidemos por ello la necesidad del hablar culto, normativo, el que, privado tal vez de la vivacidad de lo que se espontanea y bulle, posee, en cambio, el privilegio de la fijeza que perdura y se concierne en canon de belleza».

Largas citas, acaso, pero testimonios vivos, irrecusables y elocuentes de que la lengua es una y única, la lengua castellana, y de que si admite transformaciones y novedades a medida que la vida moderna prospera y crece, no por esa facilidad ha de llenarse, como se llena comúnmente de barro. Conformes, con el maestro Valdés, en las exigencias unitarias de la concisión; conformes en que «todo el buen hablar castellano consiste en que digais lo que querais con las menos palabras que pudiéredes»; conformes con afirmar, como lo hace Marañón, que también el pueblo es creador del idioma. «Pero, además, el pueblo —dice—, el pueblo mismo es el forjador de la expresión hablada e impulsor de su transformación incesante y, por tanto, de su vitalidad, y creador incomparable de su gracia. La máxima virtud creadora del pueblo es la idiomática. Es el único aspecto en que puede decirse seguramente que la voz del pueblo es la voz de Dios. La gente de la calle pone la salsa y el adobo instintivo al habla culta; y, a la larga, todo lo popular es —lo que menos pudiera pensarse— lo verdaderamente discreto, porque la gran discreción no nace en las aulas ni en los salones, sino en el seno del hogar, en el taller donde se trabaja y en la calle y, para dar satisfacción a la memoria de don Miguel de Unamuno, añadiremos que también el café. La discreción, como decía Cervantes, cuyo castellano inmortal está aprendido nueve partes en la vida y sólo una en los libros, «la discreción es la verdadera Gramática del buen lenguaje». Conformes, repito, mas no con licencia total. Sí, el lenguaje netamente castellano es, desde su iniciación, eminentemente popular y no erudito; débese al latín vulgar, al *sermo vulgaris*, *usualis*, *cottidianus*, *inconditus*, *proletarius*, *prisca latinitas*. Es natural que el pueblo sea el hablante, a su modo, con el imperio de creación de su palabra y de su gesto; pero la forma literaria no se aviene fácilmente a su inadaptación a las reglas comunes del idioma definidas y establecidas por la Academia, incluso por los hablantes de mayor prestigio; el pueblo hace uso de una libertad lingüística incompatible las más de las veces con la ma-

jestad de la expresión oral o escrita. Y téngase en cuenta que lo popular no es lo vulgar.

Se habla en la actualidad demasiado de la incorporación al idioma de un caudal de voces técnicas que nada tienen de populares al sopesar el valor científico que las inspira; se habla demasiado ligeramente de un «estilo directo» en la novela, es decir, de un estilo sin estilo carente de concisión ejemplar y aún de elegancia y gracia expresivas. Se practica una que llaman «poesía nueva» que, sobre repudiar la versificación clásica con arreglo a las normas métricas establecidas, propone al cultivo de imágenes aritméticas y cerebrales. Estamos saturados, como en otras épocas, de *ismos* tontos, cediendo al capricho iconoclasta, juvenilmente subversivo, lo que sólo es propiedad del arte en sí mismo. La prosa, desarticulada, negativa, fea, desnuda de atracción y de belleza, cuando no complicada con verdura de las eras o dicción mazorril; el verso, en instancia de incapacidad poética, tanto si ésta afecta a los modeladores de novedad y escuela, a los que aseguran tener en sus manos el cetro del nuevo reinado, como si es «originalidad» de los estultos, intrusos, irresponsables y audaces; porque aún no tratándose de nuevos aires frescos en la fertilidad del campo poético, se acentúa torpemente la vigilia de los malos versos. Claro que hay excepciones de autoridad notoria y vates modernos que, a imitación de Rubén, extravasan la forma sin dejar de manejar la lira; pero son los menos y, no obstante, pecan de «esnovismo contagioso». Si a esto se le añade la desmedrada prosa de la información habitual de Prensa, Radio y Televisión... La sensibilidad del hombre cultivado padece con esa constante neurosis informadora de tales medios de publicidad sin «formación».

Un escritor de recia formación filosófica, educador de gentes en cuanto a la profundidad de sus conocimientos y la maestría de su pluma, don Ramón Pérez de Ayala, glosaba un ensayo de Osbert Sitwell sobre *La vulgaridad en la literatura*. Tal poder de sugestión, de convencimiento, informaba el razonar macizo, aunque fluido, del insigne autor de *Belarmino* y *Apolonio*, que separamos de las páginas de *ABC* su trabajo aleccionador para nutrir las reservas de nuestro archivo personal. Trabajo intitulado *La buena educación literaria*



del que extraemos este párrafo: «La buena educación literaria supone, pues, una conciencia individual privilegiada en la que convergen el espíritu contemporáneo, el espíritu de la raza y pueblo a que ese individuo pertenece y el espíritu universal de la cultura, desde sus fuentes maternas; en suma, vivir toda la vida histórica en conciencia; y para par de todo eso, haber adquirido disciplina y metódicamente los medios de expresión así del espíritu contemporáneo como del nacional y el universal; medios expresivos que han ido obteniendo y fijando perdurablemente las conciencias individuales más selectas, en el desarrollo sucesivo de la cultura y de la literatura, que es la flor siempre viva de la cultura. No es nada fácil hinchar este perro. En la buena educación literaria podrá haber grados, como en los establecimientos de enseñanza; pero la tendencia es unánime. Concretamente: la buena educación literaria es lo contrario de la educación improvisada, pegadiza e insatisfecha».

Nunca con más oportunidad que ahora podrían tener vigencia estas sabias palabras, y no porque tratemos de actualizarlas para que sirvan de meditación y de canon a muchos escritores que aspiran a serlo y a merecer rápidas e inexplicables consagraciones, sino por la ejemplaridad de su doctrina aplicada a una celebridad española —poeta, novelista, crítico, ensayista, pensador— del siglo XIX, el más alto prosista que haya tenido jamás la lengua castellana salpicada de las sales y donaires andaluces: don Juan Valera y Alcalá Galiano.

Aquella certera frase de Legouvé, miembro de la Academia francesa, dramaturgo, *Hay algo que se seca antes que las lágrimas: la admiración*, parece esculpida en los mármoles y bronces de nuestro tiempo volandero. El que Menéndez y Pelayo saludara como su «dulce Valera», el más culto, el más helénico y el más regocijado y delicioso de nuestros prosistas amenos, diríase olvidado entre las floraciones de nuevas plumas que pretenden ganar glorias fugaces a costa de los pulsos de la mala educación literaria. Don Juan —único don Juan auténtico que proclama el amor como supremo ornamento de la vida y asocia a su pensamiento clásico el pitagórico «Piensa, cuenta, mide»— pervivirá a través de las conmociones política y literarias que alumbran valores inéditos como arquetipos de la «educación no improvisada» característica de los grandes creadores de belleza. Bueno que

fuera, ya en su primer arribo a Madrid —a la mano su título de licenciado en Derecho, en 1846, ese joven de la buena sociedad que alterna en reuniones aristocráticas, bailes y convites; que traslada a su madre, la marquesa de la Paniega, sus impresiones personales respecto a «la tan adorablemente mal educada» Eugenia de Montijo, «diabólica muchacha que con una coquetería infantil, chilla, alborota, hace todas las travesuras de un chiquillo de seis años»; y bueno que asistiera, oídos atentos, a tertulias, cenáculos y parnasillos de periodistas, escritores y diplomáticos, más para diversión y pasatiempo que para enfrentarse con una popularidad que nunca tuvo. En el fondo, todo aquello que arañaba en su aptitud de crítico portentoso sólo concurría a la formación de su actividad pensativa, hasta discursiva y polémica; mas el extraordinario artista que pugnaba en él por manifestarse con absoluta libertad de movimientos dentro de la pausa y la mesura de su vida y su obra originales, a compás de ese buen tono que califica toda su producción literaria, atemperaba su simpático optimismo de los veintitrés años al estudio formal de las fuentes maternas de esa cultura en la que —opina fundadamente Pérez de Ayala— convergen el espíritu contemporáneo, el espíritu de la raza y pueblo y el espíritu universal para la determinación exacta de una conciencia individual privilegiada.

Ningún otro escritor de talla —antiguo o moderno, a favor o no de los accidentes políticos de un país— ofrece mayor plenitud de conocimiento, ni más cabal ponderación, ni mejor factura de humanista que Valera en su tiempo; el ejemplo vivo, no extinguido, de una juventud intrépida y desorientada, si bien con impulsos de renovación a toda exigencia de última hora, que habrá que imitar al pretender adscribirse a las estimaciones de una buena educación literaria. Conocerlo todo, saberlo todo —claro es que con las naturales limitaciones humanas— antes de improvisar lo que no se conoce, ni se sabe, ni se ha vivido. Y ello a base de un estudio consciente y sereno que no enfríe los entusiasmos ni decepcione las esperanzas fundadas de construir bellos alcázares donde el alma pueda recrearse y saciar su pura codicia; con salidas a la universalidad del espíritu y de la cultura y raíces en los ideales propios.

Así el autor de *Pepita Jiménez* aprendió a desenvolverse tan mesuradamente, tan amablemente irónico y zumbón, en un mundo de

perplejidades suaves; así forjó su maestría en el estilo epistolar, ya como agregado de embajadas, ya sin ese carácter; así, en poder de la gracia, escribió páginas inimitables en las que el habla soberana de Castilla alcanza la perfección suma, como artífice alguno del lenguaje patrio lo hiciera, naturalmente manejado en función de instrumento de bellezas expresivas.

Cuando escribe a su madre, desde Madrid, en enero de 1847, le habla de cuantos proyectos de todo orden hay en su cabeza y, sin embargo, dice, cuán ordenados están y qué filosóficamente moderados los anhelos que de «llevarlos a cabo tengo para que no me haga sufrir mucho cualquier *desappointement* que sobrevenga»; y cuando lo hace a su padre, en 16 de iguales mes y año, luego de exponerle cuitas y sueños de ambiciosa juventud, le descubre sus afanes de poeta lírico, sin valerse nunca «de los medios de que los otros se han valido para llegar al pináculo de la celebridad», ni marchar en busca de ella, sino por el camino real, que es tan largo que quién sabe si nunca, mientras viva, lo alcanzará; «y lo que es la gloria póstuma...» Siempre el orgulloso bien educado vigila su esperanza. «Mas ¿para qué he de mentir? —se pregunta—. «Soy tan tonto que también la ansío, y haré lo posible por adquirirla en vida y muerte, en lo presente y porvenir, pues, como dice Isócrates (a quien cito aunque parezca pedantería), *ya que alcanzares cuerpo mortal y alma imperecedera, procura dejar del alma memoria inmortal*».

A ese deseo consagró toda su vida el polígrafo egabrense, cinceando su obra literaria —varia, rica, de tan permanente y dulce fragancia—, no a golpes exentos de música acordadas, ritmo y naturalidad, sino de oros en empuñadura demasquinada; atrapando sabidurías, retazos de vida, imaginaciones espléndidas, exámetros latinos y griegos, elegancias de pensamiento y de lenguaje y sales andaluzas que sólo una inteligencia privilegiada podía dominar con el alma abierta a la contemplación y al examen de esa flor siempre viva de la cultura, que es la literatura.

Podrán las generaciones venideras, incluso las actuales, seguir analizando la labor portentosa de don Juan, acaso negándole o reconociéndole personalidad de humanista y creador de estilo; podrán seguir discutiéndole los criterios miopes por si fue más o menos liberal y des-

creído, que no fue; los renovadores de baja extracción social condenarán su estética, su aristocratismo, sus pulidas maneras; pero nadie que se precie de artista mayor intentará jamás desdibujar la figura del inmenso escritor que se asienta en piedra de eternidad en la maravilla floral de Cabra, la ciudad-joya cordobesa por donde don Juan —ejemplo sempiterno de buena educación literaria, de serenidad helénica— asido del brazo de Pepita Jiménez, departía con su bellísima heroína acerca de los temas del Amor y la Filosofía.

Y bien, ¿qué elogiar más en el lenguaje literario de don Juan Valera? ¿Qué en esa natural y espontáneo casticismo de su prosa? La gracia, amigo. Parece mentira que un escritor de la altura intelectual de Valera, de su elegante manera de comportarse en sociedad, de su distinción, se vierta a raudales la gracia como sal abundante derramada de un salero. La gracia andaluza, entiéndase. El mismo se injerta en el árbol frondoso de esa gracia cuando en los puntos finales de su estudio de *La Cordobesa* anota: «En la pronunciación dejan un poco que desear las cordobesas. La *zeda* y la *ese* se confunden y unimisman en sus bocas, así como la *ele*, la *ene* y la *pe*. ¿Quién sabe si sería alguna maestra de *miga* cordobesa la que dijo a sus discípulas: «Niñas, *sordado* se escribe con *ele* y *precerto* con *pe*»? Pero si en la pronunciación hay esta anarquía, en la sintaxis y en la parte léxica, así las cordobesas como los cordobeses son abundantes y elegantísimos en ocasiones, y siempre castizos fáciles y graciosos. No poca gente de Castilla pudiera ir por allí a aprender a hablar castellano, ya que no a pronunciarle».

No en ocasiones, sino a *manta* prodiga su elegante decir, siempre castizo, fácil y gracioso, el autor de *Juanita la Larga*, pongo por novela en que las artes del hombre mundano, la maestría del habla popular y la salpimienta de la gloria reventona de Andalucía se conciertan y se dan la mano. Como si se tratara de los ingredientes cocineros de un plato exquisito, el guiso literario del gran repostero del idioma castellano no estaría completo sin el aditamento de la gracia andaluza.

Hay que fijar conceptos. Don Juan, cordobés de natío, no renuncia jamás al deleite de pasarse en Cabra y Doña Mencía no largas temporadas, estadas cortas, a veces, para resolver negocios particulares en

quiebra o descansar de los tramojos de una existencia orientada al éxito. «El prurito de meterme en Cabra a vivir acude ahora a mi ánimo con mayor persistencia que nunca —le escribe, desde Lisboa, a 19 de febrero de 1882, al inmenso don Marcelino Menéndez y Pelayo—. Ganas tengo de enviar allí mis libros y retirarme a vivir allí. Allí quizá tendría yo sosiego y escribiría algo de provecho. Usted iría algunas veces por allí a hacerme visitas de dos o tres semanas, en momento de vacaciones amorosas y universitarias». Y el estribillo de Cabra se repite en cartas sucesivas con igual o parecida entonación. Es que no olvida el paisaje, las costumbres, los modos naturales de expresión de su tierra nativa. Entre imaginaciones andaba para pergeñar el retrato de *La Cordobesa*, cuando deberes de familia le llevaron al riñón de la provincia de Córdoba: «a una dichosa comarca donde el color local provincial está difundido a manos llenas por la Naturaleza pródiga e inexhausta en sus varias creaciones. Y estando este color, este sello, este tipo en todo, ¿cómo, me dije yo, no ha de estarlo en la mujer, la cual es blanda como cera para recibir impresiones y duro bronce para conservarlas sin que se desvanezcan?»

A este propósito, me es grato recordar aquí mis conversaciones con la hija de Valera, mi buena amiga doña Carmen Valera de Serrat, cultísima dama, viajera y políglota, ya extinta, la cual me confirmaba, amablemente, con acopio de noticias y anecdotario, que, en efecto, su padre deseó en no pocas ocasiones retirarse a Cabra y escribir allí «algo de provecho»; aún más: fechada en 28 de abril del año 1936, don Francisco Juan y Cabello, Registrado de la Propiedad de Alcalá la Real (Jaén) por aquellas fechas, accediendo a un ruego mío, me escribió lo que sigue: «Hombres como usted no tienen que invocar más que su nombre para que debamos todos ponernos a sus órdenes, facilitando su labor. Pocas horas llevaba en esta ciudad, en mi primera estancia, cuando tuve ocasión de oír el suyo pronunciado con el respeto de lo que ha dejado huella perdurable. Por eso me complace acceder a su ruego y le envío las diecisiete cartas inéditas de don Juan Valera escritas al abuelo de mi mujer, don José Cabello López, en 12 y 22 de agosto, 8 de noviembre, sin fecha ni encabezamiento, 26 de septiembre, 2 de agosto, 3 de marzo, 3 de octubre, 3 de septiembre, 2 de enero, 18 de septiembre, 2 de noviembre, 20 y 21 de julio, 30 y 11 de mayo y 26 de julio. Para mí esta correspondencia es un tesoro, porque además del mérito

intrínseco, se trata de unir en el recuerdo a dos personas a quienes admiré: la del autor y la de mi suegra, que me las regaló; esta última, que las cuidó siempre desde la muerte de su padre a quien no conocí, ha sido para mí una segunda madre a quien quise con toda el alma, pues trató de llenar el papel de la propia que perdí muy joven; vea, pues, el aprecio en que le tengo cuando le envió con el mayor gusto lo que tanto estimo, seguro de que ha de recibirlo con la impresión que le produzca su lectura, pues creo que ha de interesarle este nuevo aspecto de don Juan. El abuelo de mi mujer fue político liberal y desempeñó, entre otros cargos, el de Presidente de la Diputación de Córdoba, precisamente cuando hizo su primera visita a dicha capital don Alfonso XII, ya rey, pero aún soltero. He tardado en escribirle porque he deseado, al darle las gracias por su libro *Las mujeres de Don Juan Valera*, decirle algo de lo que he sentido al leerle; han sido muchas y generalmente agradables las impresiones que ha depositado en mi alma, aunque su fuerte personalidad tiene necesariamente que chocar, precisamente por esa fuerte cualidad, con la del lector. Al tratar de dar forma al juicio mío, lo he visto tan magistralmente interpretado por el fallo de los jueces del concurso, que sólo se me ocurrió fundirme con él, gritando un ¡Viva Andalucía!, porque sólo gente de la tierra podía calar tan hondo en su hermosa obra».

Las cartas en cuestión sólo cifraban su interés, el interés de su lectura, en asuntos de carácter íntimo y familiar no relacionados con la literatura; pero en ellas notábase el prurito de don Juan de hallarse en Cabra. ¿Y cómo habría de olvidar el paisaje, las costumbres, los modos de expresión de su tierra nativa aún sintiéndose con energías vitales antes de dormirse para siempre en el surco de la Quietud? Es, ante todo y sobre todo, un cordobés en cuya alma florecen los donaires y las sales de Andalucía, en suma, la gracia, característica esencial, no postiza, de su ser, de sus creaciones novelescas, de los personajes de esas creaciones, de su epistolario inigualable, de sus trazos y apuntes folklóricos. Ahí viene el truhán de *Respetilla* —en *Las ilusiones del doctor Faustino*— para no desmentirme; el truhán de *Respetilla*, «de lo menos respetador y de lo menos amigo de infundir respeto por las cosas de sus amos que puede imaginarse», en una sola pieza «confidente, escudero, lacayo, ayo y preceptor» del mayorazgo Mendoza en el que aprendió «a jugar a las chapas, al cané y el hoyuelo, a tocar la guitarra

y cantar la soledad, el fandango y otras canciones y a repetir una multitud de cuentecillos verdes». Y Antoñuela, y el maestro Cencias, y las Civiles, y la chacha Ramoncica, y la *mozuela de cántaro*, la pimpante descarada y honestísima Juanita la Larga.

Estoy viendo que algunos engolados escribidores de caliente hornada y corta valija literaria se preguntarán: ¿Y en qué consiste esa gracia imputable a toda la producción valeriana? ¡Ah! Lerdo y soso quien no lo comprenda. Lo primero que hay que entender es la gracia en sí, como aderezo andaluz, como exponente de una vieja y nueva cultura que centra su magisterio en servir levaduras autóctonas. Mis amigos inolvidables, los hermanos Alvarez Quintero, en su entremés titulado *El mal ángel*, hacen hablar así a una mujer que responde al nombre de Gracia: «La grasia la da Dios a quien quiere: no se vende en ninguna tienda. Se nase con eya o no se nase. Usté pué no tené salú y llegá a tené mucha; usté pué no tené dinero y llegá a millonario; pero si no tiene usté sin apelaciones a fray Luis de León en su glosa del *Cantar de los Cantares*: «...porque esta parte de la hermosura del ánima se llama gracia, y se muestra de fuera, y se da a entender en los movimientos de la misma ánima, como son mirar, hablar, reir, cantar, andar...»

Afirmación, categoría, giro redondo: «Se nase con eya o no se nase»; y no la *gracia* del *gracioso*, que hay que distinguir. Aunque es frecuente pensar —como piensan muchos compatriotas de la diversa geografía española y no pocos «adefesios» extranjeros de esos que nos visitan «para descubrirnos»— que es obligada la *gracia* en Andalucía, a manera de rostro y risa, zumba y humor de sus habitantes, una cosa es real, natural y espontánea y otra imitación de aquélla. Si un gracioso de Tirso desempeña su papel con habilidad de buen comediante, nada tiene eso que ver con la autenticidad de la gracia nativa; si un sevillano palabrero y festivo hace galas de su indigencia mental para ofrecerlas a modo de típica diversión en un corrillo de intonsos, el caso no implica más novedad que la del gitano en feria hecho a embobar páparos y entrar en los bolsillos ajenos. «Mi musa es tan voluntariosa que hace lo que quiere y no lo que yo le mando», declara don Juan a la excelentísima señora doña Ida de Bauer al dedicarle, con amables y finos cumplidos, *El Comendador Mendoza*; y aunque no soñó nunca —le dice— «con ser escritor popular», sin explicarse la causa de tener siempre pocos lectores, su decepción le engañaba en cuanto a la gracia natural

de sus escritos —desde *Pepita Jiménez* a *Un poco de crematística*— y donaire —en giros, frases, cuentos, anécdotas y chascarrillos andaluces, lenguaje castizo y animado— que los transforma en vivos instrumentos de una literatura, aunque docta y erudita, popular hasta las cachas, y por ende, compendio y gracia que Dios ha dado. ¿O es que sabe el agua, riquísima, que brota entre los bravos peñascales de la sierra que habrá de tener imitadores?

Nuestro Valera, al que la amenidad le cuaja en el estilo, saneándolo de doctorales entonamientos, es el maestro por excelencia en hacer de la observación propia buril para tallar sus figuras novelescas, infundirles alma, arroparlas con vestiduras humanas y empujarlas para que hablen y se comporten como figuras reales y no como ficciones de la imaginación creadora. El quid está en hacerlas derrochadoras de la gracia que el autor les presta, agudas y retrecheras. Así don Juan extrae de su tierra cordobesa la estampa física de aquel don Paco, enamorado de Juanita la Larga que, a imitación del pastor Coridón, de Virgilio, o del Marramaquiz, de Lope, encontrábase gallardo aún y *pasaerillo*... con sus verduras al seco y su viudez desamorada. ¡La gracia, amigo! El señorío y la gracia en la persona y las obras de don Juan Valera.

De todo lo expuesto anteriormente en defensa de la dicción popular y de la expresión literaria en tales obras, tratamos de obtener fundamentos y razones de prueba para la consecución de este escrito. No creo que exista mucho en relación con su tema: *el mote*, el mote como contribución preciadísima a la riqueza del idioma castellano. En mí no es nuevo el propósito, he deseado abordarlo en no pocas ocasiones con ilusionada paciencia. En las páginas 135-138 de *Las mujeres de Don Juan Valera* puede leerse:

«Me contenta presentarle a las Civiles: Rosita y Ramoncita, las hijas del escribano de... Es igual situarlas donde el escritor las pinta que en cualquier otro lugar de Andalucía. Para nuestro empeño, la que nos interesa es Rosita, la mayor; pero antes hemos de recordar la autenticidad del apodo colectivo con que el pueblo ha bautizado a estas dos *alhajas*. Las llaman las Civiles por cierto parecido con las unidades de este benemérito Instituto armado, guarda del orden en carreteras y descampados, en el punto y hora de fundarse y llegar a Villa-



bermeja; parecido en el presentarse ante los paisanos y deudos con vestidos de seda traídos de Málaga «y hasta de Madrid» que les daban aire de dominadoras. A fe que acertaron los bermejinos burlones, y don Juan Fresco con ellos, en el sobrenombre. La intención maliciosa usted la comprenderá perfectamente. Se trata de dos elegantes ridículas que entienden y practican la distinción en el variar de trapos y en lo llamativo de las modas. *Dan el golpe*, diría la salpimienta andaluza; se imponen, entonan y detonan siempre que salen a la calle con alarde vano; de tal manera que, al pasar, la risa revienta en los labios y el comentario dicaz corre de boca en boca: ¡*Ahí van las Civiles!*

«Está por hacer un estudio del *mote*, mejor dicho, de su picaresca. Apodo que se da a las personas, define el Diccionario. La razón y el porqué no se aclaran. Verdad que sería cosa de entrar en el venero popular, hablar con bobos y pícaros y descortezar el lenguaje hasta las mismas raíces. Cuenta, por demás, el ingenio en el uso y abuso de sobrenombres y motes allí donde las gentes se conocen y saben del pie que cojea cada uno. La despoblación, el vivir a la husma de los milagros y acciones que a diario realiza el prójimo en aldeorrios apartadizos, el fisgar y *meter las narices* en el cercado vecino, fomentan ¿cómo no? la multiplicidad del mote. Yo lo defino diciendo que el mote es a la persona lo que la caricatura al retrato, tanto más fiel cuanto mejor se ve reproducido. Un rasgo, un gesto, un ademán, algo característico, el de fechtillo que no se advierte ni se corrige, la reiteración, el vicio, la torpeza, la fealdad, sirven, a las veces, para pintar de un solo trazo lo que ya ha de quedar en la memoria del vulgo. Bastará que don Fulano, ahí un picapleitos más pobre que las ratas, salga del anonimato y abandone el Pepillo con que le reconocen desde la pila bautismal para que se convierta, por arte del capricho o de la tontería, en don José y aun en *don José de Pronto*, como yo he conocido un caso. Y cientos y miles: unos porque sacan a la picota, no sin donaire, las flaquezas humanas; otros, porque así conviene a las maneras del pueblo, a su ausencia de requilorios y farfantonadas. *De casta le viene al galgo*, sentencia un refrán; y así le digo que del abuelo al padre, del padre al hijo, del hijo al nieto y al bisnieto, se suceden los motes y remoquetes como herencia preciada que se valora con la fanega de tierra, el capitalejo a usura, o las deudas galanas, que de todo hay, o como vituperio que la filosofía de los sabidores de plaza ha dejado escrito.

«Los motes son los pergaminos de los pobretones; suplen a los apellidos, borran los patronímicos, sobre todo en pueblos como Villabermeja donde, a creer al Valera socarrón, «Schopenhauer y Hartmann no habían penetrado todavía». Y cuidado que no es que quiera yo echar a la cuenta de vulgos iletrados, maliciosos o simples, el empleo de apodos, no; también en los salones aristocráticos se moteja de lo lindo. Peor que en los pueblos humildes, rurales; porque en éstos no es tanto el vicio como la ignorancia y en aquéllos, en los altos de la aristocracia al uso, la intención lleva deshonra y casi siempre maldad.

«Las Civiles ¿a qué llaman el doctor Faustino don Pereciendo, el ilustre Proletario, el abogado Peperri, y cuando que es asiduo curioso en el cerro de la Atalaya, entre gayombas y romero, candilitos y espárragos, le pegan el mote de Conde de las Esparragueras de la Atalaya? Por las razones expuestas y, además, porque de algún modo han de mofarse del engreído y misántropo Doctor y vengar el apodo que les han puesto en el pueblo. ¡Con lo que son ellas! Las que gastan más *fantasía*, las de más rumbo, no a humos de hidalga descendencia, que el escribano hartó hizo con dar dinero a premio y meter las manos en los bolsillos ajenos como dicen es añeja costumbre en los curiales; sino a vanidad, ordinariéz y razones de poco peso.

«Respetilla, que no le quita el ojo a Jacintica, la viuda del guarda, entona el aria de las alabanzas y ensalza a Ramoncita, diciendo de ella que es bonachona, que casará con el hijo del boticario y que será, andando el tiempo, *médica*; pero de Rosita cumple mayor elogio por lo *afilustrada* que es, aparte las gracias de su persona entre las que figuraban unos ojos negros y centelleantes —carbones encendidos por la sexualidad—, la tez muy morena y sombreada en el labio superior por un bozo sutil; la boca algo grande; «la frente pequeña y recta, como la de Venus de Milo, y la nariz de gran belleza plástica, aunque más bien fuerte que afilada», y lo que era más tentador, «dos oscuros lunares, uno en la mejilla izquierda y otro en la barba que «hacían el efecto de dos hermosas matas de bambú en un prado de flores». (No puede ser más galante el autor de *Las ilusiones del doctor Faustino* que plantando, a lo poeta y jardinero, las matas de bambú en los dos apicados lunares de Rosita). Pues, ¿y la conversación? No crea usted que ella pegaba la hebra con cualquier patán. Lectora asidua, incansable,

de novelas por entregas —que ya publicaban a gusto de enamoradas histéricas y curiosas fregonas— y relatos espeluznantes en los que la verdad histórica pasaba «de matute» por los portillos de la fábula, vaya si tenía que saber y entender el que aspirara a broma y palique con la mayor del escribano».

El mote no puede decirse que sea privativo o exclusivo de una región lingüística determinada, ni síntesis festiva o expresiva de un pueblo, ni capricho predominante de un escritor por afamado y culto que sea. En toda la geografía española tiene presencia el mote, de tal manera que podemos afirmar que ninguna firma popular, esencialmente popular, escapa a su influjo, a su ironía, desde Cervantes hasta nuestros días. Apodos, motes, sobrenombres los han utilizado en sus novelas, cuentos apólogos, los escritores de más reputación nacional, las gentes de todas partes, tanto en aldeas como en ciudades; la musa popular también los ha utilizado, centrando en ellos incluso una personalidad acentuada a modo de *modus vivendi*, un vicio, un carácter, un atraso mental, una desfiguración moral o un defecto físico.

Ahora bien, de todas las regiones españolas, la que estimamos más importante en la aportación del mote al idioma castellano es la andaluza, singularmente Jaén y sus pueblos. ¿Quiere esto decir que Andalucía y singularmente en sus pueblos hablan peor que en otros sitios? No. ¿Dónde hemos oído que Castilla es una Andalucía más austera que la nuestra? Siempre se ha opuesto el gayo verdor del suelo bético la tristeza de la paramera castellana y su sequeral; al tabardo y la estopi-lla, la prenda airosa y postinera del andaluz de cepa; al ademán continente y la palabra justa, la efusión comunicativa y el subitáneo gra-cejo; al costumbrismo racial de una zona española aguijada siempre por la impaciencia de llegar a más, la vieja, revieja estampa campesina de un gran pueblo detenido en sus virtudes heroicas. El olivo, el pino, los naranjos, parecen, si no enemigos, contrarios, al menos, de la vid, y allí donde se presentan la belleza montaraz y el lirismo del río, allí también queda en su propia miseria nativa el hondo granero de muchas excelsitudes espirituales: Castilla.

La luz, huidiza, cae sobre los tamojos amarillentos de la llanada inacabable que surcó el hidalgo manchego; el sol reseca la tierra

hasta quemarla; la yunta, entre los abandonados molinos lejanos, sigue abriendo surcos. El paisaje es monótono, sin tonalidades ni matices, sin una insospechada epilepsia de color en el camino. Todo igual, isócrono; alcotanes que levantan en el monte el vuelo para ir a picotear en las viñas ubérrimas; canciones salaces en el jaraiz, tonadas en la trilla.

Y Andalucía... Hervor de simpáticas convulsiones afectivas. El campo, todo todo flor: diversidad, ritmo, cambiantes... La pelada montaña norteña y el aterciopelado manto de las poéticas laderas asturianas, calmas y baldíos.

La que hasta finales del siglo XVII ha sido moruna, Andalucía, no obstante su desunión del yermo castellano, tiene con él la continuidad del lenguaje. Asistimos a la hora presente a una lamentable despoetización de la palabra. Nuevas flautas se han acoplado al órgano viejo, que ya no suena con sus voces populares de antes. Los elementos cultos, latinizantes, de que nos valemos para expresar nuestros estados de conciencia —hablar, en suma, no es otra cosa— se han desligado del refranero, de la vena castiza, de la rica paleta folklórica. Lo que hemos perdido en arte popular lo hemos aventajado en mala literatura.

Pero aún quedan zonas en el habla, en boca de labradores y serranos, conserva su primitivo donaire; zonas andaluzas, andaluzas sobre todo, en las que un Cervantes de nuestro tiempo podría espigar con verdadero fruto. Allá en los cortijos y heredades, en la probanza agrícola. Bien que lo entendió Cejador cuando seguía por estas latitudes el rastro ibérico prístino. Recordamos al gran filósofo, expurgador del lenguaje en todo acervo de palabras, en aquellas jornadas por el solarrillo jaenés, al entrar y salir por los pueblos comunicados, a lomos de animal pasero, con el único afán de oír hablar a los mozos y conversar con ellos.

Quizá el escaso andalucismo de Jaén —falta de garbo en la pronunciación, ausencia de los caracteres lingüísticos de tierra baja, explosión gutural y algo de onomatopeya en su famoso *ronquío*, sin exacta representación escrita— sea lo mejor para no agriar el zumo riquísimo de la solera, que es aquí donde está, en Andalucía, y no en Castilla, o vale tanto, al menos, decir una región como otra. En la exploración que realizan los enamorados del habla popular, lo castizo, lo ver-

daderamente filial del genio del lenguaje hispánico, se encuentra al doblar la gran puerta de Andalucía y entrar en la aún no descubierta Sierra Morena, en los olivares de Jaén y Córdoba, en los Montes de Málaga y Granada, en Sevilla única; pero el brote incontaminado de señoritismo parasitario, a salvo de urbanas fórmulas, recio, sano, sin modales ni cortesánías, acaso sea en Jaén donde con más codicia se guarde. Cualquier serrano de Pegalajar, cualquier cortijero de Andújar, Marmolejo, Torres, cualquier gancho de los altos de Sierra Segura, hablan mejor que un leguleyo castellano.

Si fuéramos a analizar las palabras, como el botánico las plantas, hallaríamos especies interesantísimas incatalogadas aún. Bien que el léxico se ha ido formando así, con elementos indígenas y latinos, pero los caracteres dialectales, modismos y localismos no han sido llevados en gran número por los gramáticos del lenguaje.

A pocos kilómetros de Jaén, recostado en una ladera del Aznaitín, hay un pueblo casi virgiliano —más sierra y olivos entre nieves que vegetación ribereña— que nos puede servir de experiencia: Torres. No interesan para nuestro objeto los datos históricos del archivo municipal. El pueblo es bello, riente, diseminado, manchado de alcores y verdégay. El frío junta en el foragil a los cortijeros o en el molino. Se habla de todo, hasta de lo que no importa. A uno, en zumba, debió ocurrírsele llamar a otro *mazorquero* por alusión a su entrometimiento y alcahuetería. El Diccionario no recoge este vocablo, como brote castellanísimo que es, en la intención con que se aplica: curiosón, entrometido, metemuertos. *Mazorquero, ra*, adjetivo, perteneciente o relativo a las mazorcas; puede usarse también como sustantivo.

Resulta que allá por los meses de septiembre y octubre, cuando se recolecta el maíz, los campesinos del lugar se reúnen para desgranar mazorcas. En el cabildo de mozos canta el amor; mientras las manos trabajan, el pensamiento vuela. Y, a veces, al tiempo de realizar una labor útil, el hablador, la casamentera, arreglan y desarreglan vidas ajenas. De donde se sigue que la persona que habla sin tino y entra y sale sin por qué en el dominio privado, siquiera sea con ironías y disimulos de palabra, es bautizada con semejante dicción.

En general, Andalucía acentúa mejor que Castilla, y pronuncia mejor, y es más abundante de léxico propio. ¡Si el Quijote es andaluz! Somos «un pueblo de viva imaginación y expresión rápida», que dice

Méndez Bejarano, quien señala la propensión de los andaluces a lo esdrújulo. *Dómino*, pronúnciase por aquí, y el gran andalucista hace observar cómo procede el nombre de que en los conventos de Francia se jugaba mucho y el fraile ganancioso exclamaba: *Benedicamus dómino*, afeando el *dominó* que los castellanos han tomado de la garla francesa.

Decididamente, el habla castellana, neta, pura —con motes y apodos— hay que estudiarla en Andalucía, dejando atrás la llanura y metiéndose en el monte. En el solarillo jaenés es parigual la fecundidad de las aceitunas y la del idioma.